

—Estaba pensando cómo demonios vas á eludir el compromiso en que te has metido con la criolla.

—Tengo una razon poderosa, contestó Miguel poniéndose el sombrero; una razon de delicadeza para excusar mi negativa, ó por lo ménos mi resistencia, á pedir su mano, y consiste en que no puedo hacerlo dignamente miéntras permanezca en pié el proyecto de matrimonio entre Mercedes y el Duque.

—Pero, imbécil, replicó Matusalem con vehemencia; si ella lo que quiere es que tú la saques de ese compromiso, ó por lo ménos que la pongas en situacion de elegir, para elegirte á tí.

—Pues ahí tienes una cosa que no haré nunca.

Matusalem cogió su sombrero y salió delante, andando de un modo dudoso, como el que no está seguro del terreno sobre el que pone el pié. Así es que Miguel lo contempló un instante, y se echó á reir, diciéndole:

—¿Te hacen daño las botas? Parece que andas como una araña que le han barrido la tela.

CAPÍTULO VI.

La madre y la hija.

Francisca es una negra que en el momento á que hemos llegado en el relato de nuestra historia, habria cumplido á lo sumo doce años. Su rostro de ébano habria sido un modelo en su género, si la nariz, ligeramente aplastada, y los labios, un tanto abultados y salientes, no quitáran á la redondez de sus mejillas y al suave contorno de su fisonomía la gracia de la adolescencia; mas, en cambio, su mirada, dulce como la caña de azúcar, y la blancura de sus menudos dientes, la hacian sumamente agradable.

Pendian de sus orejas enormes arracadas de oro macizo, y su pelo de pasa, recortado en redondo, cubria su cabeza, apretándose trabajosamente, dividido en dos partes iguales.

Acurrucada á los piés de la señora de Vegahonda, como el perro á los piés de su amo, recogia sobre sus hombros los pliegues de una capa de color de púrpura, no tan larga, que no dejara ver las ondas de una falda verde adornada con caprichosos arabescos de pasamanería negra.

Tambien era la falda bastante corta, de manera que sobre los vivos dibujos de la alfombra dejaba destacar mucha parte de una pierna vestida con media de estambre azul y blanco, á rayas circulares, como los anillos de una culebra, y todo un pié encerrado en los términos de una bota de *sagren* perfectamente ajustada; pié no muy correcto por demasiado ancho, pero pierna vigorosamente acentuada.

No era una mañana excesivamente fria, aunque, segun mi cálculo, debia ser una de las últimas mañanas de Noviembre, ni la habitacion en que se hallaba era á propósito para despertar ni la más remota sospecha de que fuera de allí pudiera hacer frio. Pero la negra estaba ciegamente enamorada de su capa de color de púrpura, y hubiera sido

capaz de helarse, no digo yo en Noviembre, sino en Julio, sólo por el placer de llevar la capa sobre los hombros.

El amor de la negra á la capa de púrpura era una verdadera pasion, cuyo origen merece contarse.

La capa de que hablo venia á ser lo que en el lenguaje de los *figurines* se llama una *salida de teatro*. Mercedes habia sorprendido en las miradas atónitas de la negra el placer y el asombro con que seguia las rojas ondulaciones de la tela siempre que tenia ocasion de ver la capa. Un dia en que la pobre muchacha se creia sola en el gabinete de su ama, la vió la criolla, desde una habitacion contigua, con los brazos cruzados y la mirada fija como en éxtasis, contemplando el objeto de su infantil admiracion; despues la vió acercarse con paso temeroso al sofá de damasco amarillo, en cuyo brazo resplandecia la viva púrpura de la espléndida capa. No paró aquí su entusiasmo, pues inclinándose sobre el brazo del sofá, llegó hasta poner los labios en el borde de la tela, sin atreverse á tocarla con sus manos.

Mercedes tosió como si nada hubiera visto, y la negra estuvo á punto de desfallecer, aterrada por aquella tos repentina, y su espanto llegó al último límite, cuando oyó la voz de la criolla, que la llamaba diciendo:

—Francisca, Francisca.

—¡Ah! exclamó con voz turbada. ¿La niña llama?

—Sí llamo; acércate.

Acercóse temblando y preguntó tímidamente:

—¿Qué quiere la niña?

—Tráeme, contestó Mercedes, la capa que hay sobre el brazo del sofá.

—¡Yo! se atrevió á replicar, sin moverse del sitio en que estaba.

—Tú, le dijo Mercedes; ¿no lo has oído?

Dirigióse la negra al sofá y se quedó suspensa delante de la capa, cuyos purpúreos reflejos deslumbraban sus ojos; queria cogerla, pero no se determinaba á tocarla..... Era un conflicto, del cual decidió salir, introduciendo suavemente los brazos por debajo de la tela, y separándolos quedó suspendida en ellos la capa, como si la llevára en una bandeja.

De este modo se acercó nuevamente á la niña, que cogiendo la capa y desdoblándola, dijo:

—Vuélvete.

—¿Quiere la niña que me vuelva? preguntó la negra indecisa.

—Eso es; que me vuelvas la espalda.

A pesar de la sorpresa que le causó esta orden, para ella inesperada é incomprensible, se volvió como movida por un resorte, por el resorte de la obediencia; y al presentar á su ama la espalda derecha y flexible, se vió retratada en la luna de un espejo que tenía enfrente, en el que habia sorprendido Mercedes la muda adoracion que la capa inspiraba á la negra.

Se vió, digo, y sin poder contenerse, lanzó un grito y quedó inmóvil como una estatua de bronce. La criolla habia echado sobre sus hombros la capa de color de púrpura, y sonriéndose le preguntó:

—¿Te gusta?

Abrió la boca, pero no dijo nada, porque hay emociones que no tienen palabras en ninguna lengua.

—Vamos, veo que te gusta, añadió Mercedes, y te la regalo; esa capa es tuya.

Entonces la negra se hincó de rodillas y besó una vez y otra vez y muchas veces las nacaradas manos de su ama.

—Basta, exclamó ésta; quedo satisfecha de tu agradecimiento; ahora véte.

La pobre muchacha salió de la estancia con pasos trémulos y con los ojos cuajados de lágrimas. ¡Triste destino el de las dichas humanas! lloraba de felicidad.

Desde aquel momento no se separó de su capa de púrpura; la llevaba continuamente sobre los hombros, y Mercedes llegó á creer que hasta dormía con ella.

La señora de Vegahonda profesaba á esta criatura un afecto particular; no se puede decir que la habia visto nacer; pero habia nacido en la misma casa, y la buena señora, sin moverse de su butaca, habia sido su madrina y la habia puesto su propio nombre.

Si estas circunstancias no explican satisfactoriamente el afecto particular de la señora de Vegahonda hácia la negra, debe saberse que, ademas de ser ahijada, habia venido á

ser sus piés y sus manos y hasta su lengua. Francisca era, digámoslo así, la parte movable, la parte activa de la señora de Vegahonda. Siempre estaba junto á ella, sentada á sus piés, como una continuacion de ella misma.

Por lo demas, ésa era toda la ocupacion de la negra. Habia en la casa tres cosas inseparables: la señora, la negra y la capa.

A pesar de las dobles cortinas, de los dobles cristales, de la doble chimenea y de las tupidas alfombras que mantenian en la estancia el tibio ambiente de la primavera, y á veces el ambiente encendido de los trópicos, no admiraba á la señora que la negra, medio tendida á sus piés, permaneciera arrebujada en su capa de púrpura, porque nada era para ella tan natural como tener frio en Noviembre, y aún en todo tiempo, si se atiende á que tener frio viene á ser como tener pereza.

Y en verdad que la señora y la negra formaban un grupo bastante original, cuyos pormenores omito, dejándolos á la imaginacion del lector, seguro de que ha de representárselos mucho mejor que yo pudiera pintarlos.

Media hora hacia que la madrina y la ahijada se hallaban sumergidas en profundo silencio. Esta última parecía haber agotado la variada relacion con que diariamente daba cuenta á su señora de los sucesos interiores de la casa, en la cual salian las murmuraciones de los criados, las riñas de los mozos de cuadra, los regaños del mayordomo, los amores de la doncella más vieja con el lacayo más jóven; en fin, todos los incidentes de ese mundo que en las casas opulentas empieza donde acaban los salones.

Semejante crónica le entraba á la señora de Vegahonda por un oído y le salía por otro; mas, sea como quiera, ello es que estaba al corriente de todo, y claro está que la negra habia de ser, permítaseme lo absurdo de la frase, el blanco de la ojeriza de todos los criados; pero la protegía la señora, y no habia más remedio que tragarla.

Por lo que hace á la madrina, despues de agotar el diccionario de sus monosílabos, permanecía tambien callada y levantados los ojos al cielo..... al cielo raso de la estancia; parecia entretenida en contar los cuadros que

formaba la greca anudándose y desatándose al rededor del techo.

Miéntas la señora elevaba su espíritu á tan altas regiones, la esclava, más humilde, aparecia con la cabeza inclinada sobre el pecho, y los ojos, digámoslo así, clavados en tierra.

Habia sacado la mano por debajo de su capa de púrpura y recorría con el extremo del dedo índice los brillantes dibujos de la alfombra, como movida por el pueril empeño de repetirlos ó de borrarlos.

Tal era la situacion de entrambas cuando la señora hizo un movimiento, y partiendo la palabra que iba á pronunciar, dijo:

— Fran..... cisca.

Miró Francisca á su madrina con la fijeza inteligente del perro al que su amo dirige la palabra, y contestó dulcemente:

— Madrina.

— Dígame, añadió la señora: ¿á qué hora se fué anoche el Duque?

La pregunta debió coger desprevenida á la negra, pues vaciló, y como quien reflexiona, comenzó á repetir la pregunta, diciendo:

—¿A qué hora?.....

—Vaya, Francisca, dígamelo.

A esta segunda orden cayó sin duda en la cuenta, y golpeándose la rodilla con la palma de la mano, exclamó con voz triunfante:

—Ya sé..... No se fué á ninguna.

—¡Cómo!..... ¡qué dice!

—¡Señora! insistió Francisca; el señor Duque no se fué.....

—¿Por qué?

—Ay, madrima; porque.....

—Hable, hable.

—Porque..... el señor Duque no vino anoche.

—¿No vino, he?

—No señora.

—Mire, ¿y qué hace la niña?

No debia estar Francisca más enterada que su señora acerca del particular á que se referia la pregunta; mas no dudó en responder, y dijo:

—La niña no hace nada.

—Vaya, vaya, dijo la señora de Vega-honda, y dígame á la niña que así que aca-

be la espero. Y queriendo dar una precision más ejecutiva á su mandato, añadió: Que venga, que venga.

De un salto se puso en pié la negra, cayendo sobre la alfombra con la seguridad y la firmeza de un acróbata, que salta sobre los lomos desnudos del caballo sobre que hace sus difíciles ejercicios.

A pesar de la capa de púrpura, bajo la cual se escondia la espalda, se dejaban adivinar por las ondulaciones de la tela las líneas de su talle, la anchura de sus hombros y la precoz elevacion de su pecho; sus piernas, que la falda cubria apenas, dejaban traslucir el vigor de unos músculos vigorosos.

De un segundo salto, semejante al de una pantera, se colocó próxima á la puerta por donde habia de salir á poner en cumplimiento la orden que su señora acababa de darle. Mas ésta no pudo ver con serenidad el segundo salto de Francisca, y exclamó casi aterrada:

—No haga eso..... va á matarse un dia..... No quiero que salte..... no quiero.

Detúvose la negra, volvió la cabeza y

miró á su ama con respetuosa ternura. Aquella mirada equivalía á un beso..... pero entendámonos, un beso humilde, un beso en el bordado terciopelo de las zapatillas que cubrían los cansados piés de la señora de Vegahonda.

Después se dirigió á la puerta, andando con cadenciosa lentitud y haciendo ondular los pliegues de su inseparable capa, que, en honor de la verdad, caían graciosamente de sus hombros.

La madrina la siguió con los ojos primero, y después con los oídos, pues se enderezó sobre la butaca, en que hacia como queriendo escuchar los pasos de su ahijada.

Así permaneció algunos instantes, al cabo de los que volvió á presentarse Francisca, y deslizándose por la alfombra, se acercó de nuevo á los piés de su ama.

Detrás de la negra venía la criolla, cuyos pasos hacían temblar los negros rizos que cercaban su frente.

Acercó una silla á la butaca de su madre, y sentándose, le dijo:

—Mamá, aquí me tienes.

—Mire qué gracia, exclamó la señora; aquí la tengo porque yo la he llamado.

Viva sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Mercedes. Sonrisa equívoca, cuyo dudoso sentido podía ser objeto de distintas interpretaciones. La madre pronunció las últimas palabras mirando indolentemente á la negra, casi tendida á sus piés, mientras Mercedes examinaba con atención prolija los encajes de la bata que traía puesta, como si aquél fuera el momento en que por primera vez los veía.

Era, pues, de sospechar que ni la madre ni la hija se determinaban á mirarse de frente, lo cual induce á creer que ambas tenían algo que decirse y no se atrevían á empezar á decirlo.

Si era una entrevista ordinaria, preciso es reconocer que comenzaba con la fría reserva que da carácter y verdadero aspecto á las conferencias graves; y tanto era así, que Francisca miraba alternativamente á la una y á la otra, poseída de viva curiosidad; y era sin duda que su instinto le decía que allí iba á suceder algo.

La madre fué la primera que abrió la boca, diciendo :

— Niña, ¿qué piensa?

— Nada, mamá, contestó Mercedes encogiéndose de hombros.

El silencio volvió á reinar en la estancia, porque la niña, tomando al pié de la letra la pregunta de su madre, le cerró el paso con la breve respuesta que acabamos de oír en sus labios, y ya conocemos bastante á la señora de Vegahonda para comprender que le fué necesario tomarse algun tiempo para echar su pensamiento por otro camino.

La criolla, por su parte, no mostraba deseo ninguno de anudar la conversacion, y esperaba que su madre la dirigiera otra nueva pregunta; mas no fué así, porque la señora, no encontrando á mano la pregunta que buscaba, movió lentamente la cabeza, diciendo :

— Piense, niña, piense.

— ¿En qué?..... preguntó á su vez Mercedes.

La respuesta categórica que semejante pregunta exigía debió parecerle á la señora demasiado directa, pues la eludió respondiendo:

— Piense..... en algo.

Volvióse la criolla hácia su madre con la seguridad del que conoce la debilidad de su adversario, y cogiendo una de sus manos, la besó al mismo tiempo que decia :

— Pensaré en lo que tú quieras; dime, pues, en qué quieres que piense.

La sumision con que fueron pronunciadas estas palabras animaron el rostro de la señora de Vegahonda con una sonrisa de maternal satisfaccion, y enderezándose sobre los suaves muelles de su asiento, apoyó el codo sobre el mullido brazo de la butaca, dejó caer la cabeza en el hueco de la mano y dijo :

— Mire, niña. Anoche tuve que recogerme temprano..... ya lo sabe..... la jaqueca..... ¡qué fatiga de jaqueca!..... no me dejaba estar quieta en ninguna parte. ¿Es verdad, Francisca?.....

La negra movió expresivamente la cabeza, haciendo un signo afirmativo, y su madrina continuó diciendo :

— ¡Ya se ve!..... la jaqueca es una cosa muy mala. El doctor sabe mucho y dice que, va-